

LA SITUACION ECONOMICA Y SOCIAL DE LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA OCCIDENTAL

AL comienzo de mi breve informe sobre la situación económica y social de Alemania Occidental, no puedo dejar de advertir que esta nación, poblada con 50 millones de hombres, ha vuelto a vivir hace apenas cinco años. Después de las catástrofes de la guerra, que devastaron este país—el 40 por 100 de las viviendas y el 45 por 100 de la capacidad productiva industrial quedaron destruidas—, fueron sobre todo dos sucesos los que, en 1948, constituyeron las condiciones esenciales para volver a comenzar: la reforma del valor monetario—que ha liquidado la inflación hitleriana, y que, después de diez años, ha comenzado por restablecer un numerario suficiente para los cambios de bienes económicos—y la formación de un gobierno federal bajo la dirección de los partidos cristianos y no socialistas y, por consiguiente, el desarrollo de la política económica del ministro profesor Erhard.

(1) Ponencia del Secretario de la Asociación de Patronos Católicos, presentada en el XI Congreso de la Unión Internacional de las Asociaciones Patronales Católicas.

Es la política de la *economía social del mercado*. El profesor Erhard emprendió su pesada tarea con la creencia ciega en el poder creador de la iniciativa personal, y su primer cuidado fué librar de sus cadenas la economía, oprimida por el dirigismo de los años de guerra y de la postguerra. Podía apoyarse en la doctrina económica moderna de la Escuela de Friburgo, frecuentemente llamada "escuela neoliberal", aunque este término no sea en modo alguno adecuado. Porque esta doctrina es de tal manera diferente de la del liberalismo del pasado, está tan decididamente fundada en los derechos de la persona humana y en el reconocimiento de sus lazos comunes, que podemos encontrar en ella rasgos esenciales de nuestra propia concepción cristiana de una sociedad libre. Con fundada razón se denomina este sistema *economía social del mercado*. Por este término social se quiere recalcar que este sistema—muy alejado del principio del "dejar hacer"—tiende a un cierto fin político, al cual la vida económica misma se debe subordinar: promover una sociedad humana que tenga la oportunidad de desenvolverse y perfeccionarse en los principios de la libertad, de la justicia y de la moral.

Hoy, después de cinco años, no nos encontramos sino al comienzo de un tal camino. Pero parece que los éxitos ya alcanzados confirman que la dirección general no pueda ser falsa. En efecto, tendremos que velar cuidadosa y activamente sobre el desarrollo futuro, que deberá acercar una tal economía social del mercado más y más a los principios invariables de nuestra concepción cristiana. El epíteto "social" se deberá merecer verdadera y sinceramente.

Los pasivos del balance inicial eran verdaderamente espantosos: las destrucciones inmensas del capital productivo; la división de la economía alemana, en otro tiempo íntegra, por el telón de acero; la separación de Alemania del mercado mundial; la llegada de 10 a 11 millones de refugiados, expulsados de las regiones orientales en otro tiempo pobladas de alemanes, la cual al presente es proseguida por la huída permanente de miles de refugiados procedentes de la zona soviética y del sector soviético de Berlín.

En los cinco años pasados, la economía de Alemania Occidental se ha reconstruido de tal manera, que la población encerrada en su estrecho espacio, y aumentada con millones de refugiados, puede tener su ocupación productiva y proveer a su subsistencia. Al presente, el número de los parados es alrededor de 1.300.000. Vencer este paro restante no es, en primer lugar, cuestión de coyuntura, sino una cuestión de capital. La mayor parte de los parados se encuentran en las regiones que eran capaces de reabsorber provisionalmente un gran número de refugiados sin ofrecerles en seguida ocasiones de trabajo. Si no fuera por la falta de viviendas, sería bastante fácil ofrecer domicilio a muchas de estas gentes en los sitios en que su trabajo se podría utilizar.

No omitimos el elemento muy precioso de la reconstrucción económica de nuestro país, facilitada por el plan Marshall, que ha alcanzado un importe de más de 6.000 millones de dólares. Alemania Occidental no olvidará jamás la mano fuerte y caritativa que los Estados Unidos le han tendido. No obstante, la parte esencial de las inversiones efectuadas para la regeneración de la capacidad productiva de nuestro país, para la adaptación de la estructura económica a las nuevas circunstancias, para promover instalaciones suplementarias de trabajo en favor de los refugiados y para la reconstrucción de las viviendas destruidas por la guerra es debida al propio esfuerzo de la población; es debida a una restricción muy dura del consumo, que se ha aplicado durante largos años de la postguerra. Además de la formación de capitales por los medios normales del ahorro (el mercado de capitales no ha alcanzado alguna importancia sino en los años más recientes), los capitales de la reconstrucción han sido sacados de dos fuentes principales: la formación de capitales en las manos del Estado por los medios fiscales, y el autofinanciamiento de las empresas procedente de sus beneficios. Los capitales recogidos por el Estado han sido utilizados en primer lugar en favor de la construcción de viviendas.

Los alquileres de las viviendas forman parte del sector

económico que, aun ahora, queda excluido de la formación libre de los precios del mercado. Hay que admitir que la iniciativa del Estado ha tenido buenos éxitos. Sobre el plan de la "construcción de viviendas sociales", mediante hipotecas a intereses reducidos hasta cero, 1.700.000 viviendas se han construido en los cinco años últimos. Estas cifras bien se pueden comparar a las de otras naciones europeas; sin embargo, son todavía insuficientes al volumen de la demanda.

Igualmente con alguna preocupación miramos la otra fuente principal de donde proviene el capital, o sea, el autofinanciamiento de las empresas. Volviendo la vista atrás, tenemos que reconocer que, a falta de un mercado de capitales en función conveniente, el método de autofinanciamiento, que ha sido capaz de realizar un tal crecimiento de capitales productivos, ha servido eficazmente al bien común. La economía libre ha probado de nuevo su poder maravilloso de remediarse por sí misma: en un tiempo excesivamente necesitado de capital, ha hecho nacer beneficios extraordinarios en las manos de los productores, que los han hecho capaces de inversiones considerables. Pero en este momento estos beneficios van decreciendo, y hasta están a punto de desaparecer a medida que la presión de la concurrencia va pesando más. La concurrencia es un principio regulador indispensable de la economía libre, es la base misma de su justificación moral. Por eso nos equivocariamos si condenásemos este desarrollo. Bajo el mismo punto de vista, el patrono cristiano mira los esfuerzos consiguientes del gobierno federal actual, que tienden a evitar eficazmente toda restricción de la concurrencia. Se trata de la ley llamada de los *trusts* o *carteles*. Pero en el fondo de este cuadro se levanta el problema dominante de la formación de los capitales. ¿Cómo y por qué medios se podrá llegar a la medida de inversiones de capital indispensables para la vida y el porvenir de la economía social, si la concurrencia agota su fuente, hasta aquí abundante, haciendo disminuir los beneficios?

El nivel real de los salarios llega a sobrepasar un poco el de 1938. La cuestión del acceso de los asalariados a la pro-

piedad se coloca en la primera fila de los problemas sociales de nuestros días. El movimiento de los obreros católicos de Alemania occidental ha desplegado recientemente en este plano una iniciativa muy señalada que merecería bien la atención del patronato, sobre todo naturalmente del patronato cristiano.

Sin embargo, hay que observar que la "cuestión social" en Alemania Occidental, como en otras partes, en todas las naciones industriales de Europa, ha dejado de ser exclusivamente una cuestión obrera. En general, el asalariado que tiene su colocación ya no es un indigente en sentido económico, fuera de algunas excepciones lamentables. Estamos muy satisfechos de este desarrollo, y haremos todo lo posible para que continúe y para que termine en una prosperidad creciente de los asalariados. Pero al lado y debajo de la clase obrera se ha establecido, sobre todo en Alemania Occidental, un "quinto estado". Es la muchedumbre inmensa de los que han sido víctimas de las recientes catástrofes políticas, y que, por razón de vejez o de invalidez, son incapaces de salvarse a sí mismos: los refugiados inválidos, los ancianos cuya base económica de la existencia ha sido destruída por la guerra o por la inflación, las viudas y los huérfanos de los soldados muertos, los mutilados de guerra y muchos pensionistas cuyas rentas de retiro quedan reducidas a un nivel deplorable. Casi es una cuarta parte de nuestra población la que se encuentra en ese estado.

Uno de los hechos de la vida social en la Alemania de la postguerra es la fundación del sindicato obrero único, que comprende hoy alrededor de seis millones de trabajadores, entre un total de 15 millones. Al lado de él no existen sino algunos sindicatos de menor importancia, y que, en general, no se dirigen sino a los empleados.

El sindicato único reconoce expresamente el principio de neutralidad y de tolerancia desde el punto de vista político y religioso. Pero como, de resultas del desarrollo histórico de los sindicatos, el elemento socialista es preponderante, sobre todo en los cuadros medios, este principio tiene que sufrir pruebas muy duras, lo que da lugar a no pocos conflictos.

Evidentemente, un bloque de poder tan poderoso como el que constituye un sindicato unitario en un país industrial es propio para engendrar tensiones considerables en sus relaciones con el Estado y los órganos de la democracia parlamentaria. Entre el programa social y económico del sindicato y el del gobierno actual hay diferencias notables. Siguiendo su tradición socialista, los sindicatos alemanes tienen cierta inclinación hacia una política dirigista. Reivindicando la cogestión económica de los trabajadores representados por sus funcionarios sindicalistas, da lugar a la sospecha de que, en el fondo, tal reivindicación no mira a la mejora de la posición social del trabajador como individuo, sino más bien al acceso de los dirigentes sindicales al mando de las empresas, que engendraría el control central de la economía entera. Pero una tal mutilación del derecho de propiedad sería incompatible con nuestra concepción cristiana. La ley de constitución de las empresas, votada en 1952 por los partidos gubernamentales, ha sido considerada como insuficiente por el sindicato único. Por otra parte, la ley de cogestión en las industrias mineras y metalúrgicas, que atribuye a los trabajadores una representación del 50 por 100 en los Consejos de Administración de las empresas, y que, por la institución de los directores de trabajo, permite a los sindicatos instalarse inmediatamente en la gestión de los negocios, responde mucho mejor a su gusto. Para juzgar bien de esta ley, hay que conocer su historia. En el fondo, no ha hecho sino sancionar las condiciones excepcionales causadas por las medidas de suspensión de propiedad y de descartelización que habían tomado las autoridades aliadas después de 1945.

Lo que da un influjo particular a las condiciones fundamentales de la política social de Alemania, en especial la asimilación del nivel de vida de nuestra población al de Europa Occidental y la fundación de una sociedad estable sobre la base de la libertad y de la democracia, es el hecho de que Alemania Occidental sea vecina inmediata del dominio del bloque comunista. Mejorar las condiciones económicas y sociales en este país es un servicio prestado a la seguridad de

Europa, y aun del mundo occidental entero; un servicio que quizás no sea menos importante que las disposiciones comunes de defensa militar que todos juzgamos indispensables. Porque, evidentemente, el mundo occidental no sólo está amenazado por la fuerza del ejército rojo, sino también por la infiltración ideológica del comunismo mundial. El único medio de hacer frente a esta amenaza es erigir al lado del telón de acero una trinchera espiritual, constituida por un nivel social superior que revele incontestablemente la superioridad ideal y material del Oeste.

La división de Alemania ha privado a nuestro pueblo de sus regiones agrícolas más importantes, que, en otro tiempo, se encontraban en el este. Sobre su propio suelo, Alemania Occidental no puede producir sino el 60 por 100 de los víveres de que tiene necesidad. Este país no puede subsistir sino en el conjunto de un intercambio económico mundial que le permita, por medios pacíficos, el acceso a las reservas de alimentos y de materias primas de que dispone el mundo occidental. Hay que reconocer que el comercio de exportación es una condición esencial de nuestra existencia nacional. Por eso la liberalización del comercio internacional es uno de los fines más importantes de la política económica del ministro profesor Erhard. Algunos observadores extranjeros miran las cifras actuales de exportación de Alemania Occidental con ciertos celos. Pero considérese bien que la integración de Alemania Occidental en la economía mundial es un proceso absolutamente necesario y que las modificaciones de estructura que de ello se derivan no son sino síntomas de un nuevo equilibrio económico, que está en trance de realizarse y que no puede menos de ser deseado por todo el mundo.

Bajo este punto de vista se comprende bien por qué la iniciativa de M. Shuman y la realización de la Unión Europea de las Industrias Míneras y Siderúrgicas han encontrado en nuestro país un consentimiento tan sincero y cordial. Y no cesamos de esperar que este primer paso hacia la integración económica de Europa será seguido pronto por la integración política, la cual, ciertamente, será todavía más eficaz.

D. SCHREIBER